

La atadura sectaria

Miguel Perlado

Resumen

El presente artículo es una versión ampliada de una ponencia que fue presentada a un congreso internacional sobre sectas y terrorismo celebrado en Madrid el pasado mes de julio.¹ El autor tuvo ocasión de coordinar una mesa de trabajo donde, junto a tres analistas, se reflexionó desde el psicoanálisis sobre las complicaciones clínicas del sectarismo. En la presente comunicación se plantean algunas de las limitaciones de los actuales modelos basados en la psicología social y se remarca el interés de estudiar el vínculo sectario como resultado de un encuentro muy particular donde lo inconsciente desempeña su función.

Palabras clave: sectas, vínculo sectario, manipulación psicológica, desprogramación, *exit counseling*, dependencia sectaria

Quisiera, antes que nada, agradecer a la ICSA² y especialmente a Michael Langone, la posibilidad que me brindaron al dejarme organizar un panel para el presente congreso que recogiera algunas ideas psicoanalíticas sobre el sectarismo. No ha sido una tarea sencilla, aunque el resultado me parece que está siendo satisfactorio. Han tenido ocasión de escuchar a tres analistas con experiencia en la clínica del sectarismo, que es el tema que nos ocupa hoy. La profesora Doni Whittset les expuso algunas ideas desde la *psicología del self* para entender algo de lo que sucede en las sectas. Lorna Goldberg les ha hablado sobre la experiencia de los niños que nacen dentro de sectas y las dificultades que experimentan posteriormente, así como sobre cómo ayudarles mediante procedimientos analíticos. Y el doctor Jorge de la Peña les transmitió su experiencia de campo en el trágico suceso de las muertes de Juárez, reflexionando desde el postmodernismo y el psicoanálisis sobre estos *feminicidios*.

El último de los trabajos es el que a continuación les presento. Añadirles, tan solo, que las contribuciones de este panel formarán parte de

un libro que será publicado antes de que finalice el presente año, en donde se han reunido a analistas de distintos países para que aporten sus ideas en relación a los problemas clínicos generados por el sectarismo.

El vínculo

Sin duda, la primera pregunta de rigor es qué es aquello definitorio de un grupo designado como secta y en qué difiere de otras organizaciones sociales o grupos humanos. Pero sobre todo, cómo alguien puede llegar a involucrarse con un grupo sectario. No esperen que yo les vaya a definir qué es una secta; ya han tenido oportunidad durante este congreso de escuchar diversas definiciones. Y, recientemente, se ha redefinido mediante un estudio sociológico hecho en nuestra ciudad.³

Las sectas parecerían definirse por su líder. De hecho, alguna de las respuestas más extendidas contemplan una o varias de las siguientes posibilidades: son grupos liderados por un gurú-predador (económico o sexual), o un líder perturbado (psicótico delirante, megalomaniaco o mitomaniaco), acaso un tirano fanático de tipo criminal, pero siempre un manipulador, un sujeto psicopático sin escrúpulo alguno que se aprovecharía sin piedad de sus seguidores económica y personalmente de forma consciente y deliberada. Junto a este gran bloque de explicaciones encontramos otras que pasan por ubicar el peso del vínculo establecido sobre los seguidores, de tal modo que se les describe como personas con problemas de personalidad previos o simplemente como «gente que buscaba cosas nuevas» o «ya se sabe, la gente que entra en sectas es porque buscaba eso».

Estas son algunas representaciones habituales acerca de las sectas, aunque ya lo dijimos,⁴ nos parece que todas ellas comparten un mismo punto ciego: se presta poca atención a la relación entre el líder, el grupo y el adepto. Si se fijan, esas ideas sobre lo que la gente (profesionales o no) entiende

de una secta, o bien cargan la responsabilidad sobre el líder (y al seguidor se le reduce al papel de víctima ignorante), o bien, eximen de cualquier responsabilidad al líder y al grupo (y se carga todo sobre los adeptos). Y es que el terreno del sectarismo está muy polarizado por visiones muy encontradas, reflejo inevitable de la escisión que opera en estos grupos. No podía ser de otra manera: también lo social se resiente de la tensión generada por las sectas.

Otro terreno donde se manifiestan claramente esas tensiones, es el de los implicados en el «estudio del fenómeno»: periodistas que pretenden elaborar teorías psicológicas, ex miembros enfadados en ataques perpetuos al grupo, académicos y profesionales manejados por las mismas sectas, terapeutas narcisistas que aseguran lo imposible o retraumatizan al ex adepto con su voracidad, grupos sectarios capaces de neutralizar a sus críticos y presentarse como especialistas,⁵ etc.

Dentro de este enredo, uno se pregunta qué lugar queda para una posible intervención psicoanalítica que busque favorecer el *insight* y la maduración emocional dentro de un proceso encaminado a ayudar al ex adepto⁶ a reconectar con su experiencia, reintegrar las partes disociadas de su *self* y entender el sentido del vínculo establecido dentro de su historia personal.⁷ Objetivos ambiciosos, sin duda, y más teniendo en cuenta que los ex adeptos son muchas veces reticentes a solicitar una ayuda terapéutica por diversos motivos (p.ej., el trabajo de negativización de lo terapéutico que ejercen las sectas).

Pero volvamos a la pregunta inicial. La experiencia clínica acumulada y algunos trabajos realizados (véase, por ejemplo, Roy 1998 o Monroy 2000) muestran que la estafa no es el punto de partida definitorio de una secta y que ni las intenciones primarias de los adeptos ni de los dirigentes pasan por lo delictivo (aunque puedan darse actuaciones delictivas en alguna de ellas).

Otro de los puntos esenciales de discordia entre los defensores y detractores de ambas posturas, gira en torno a la noción de «manipulación psicológica» (o persuasión coercitiva). Aún disponiendo de suficientes evidencias desde las aportaciones de la psicología social que muestran que la influencia y la persuasión pueden resultar coercitivas, en el caso de las sectas,⁸ ¿es ésta atribuible a la locura de un líder o de un grupo?, ¿cómo y de dónde emerge la manipulación en el seno de una relación grupal? ¿No será acaso tal manipulación efecto de una perversión de la relación transferencial? La expresión

«manipulación mental» se emplea a menudo como sinónima de «lavado de cerebro», aunque no son conceptos sinónimos. En este sentido, Moscovici (1994), que durante años ha estudiado el comportamiento de grupos —especialmente la posibilidad de influencia de la minoría sobre la mayoría— cuestiona la precisión del concepto de manipulación mental, ya que para él describiría una situación asimétrica de sujetos totalmente sumisos y otros totalmente autónomos, cosa que no se ajustaría a la realidad social.

Desde la práctica clínica, nos encontramos con adeptos que no son ignorantes: de hecho, muchos de ellos conocen pero pese a ello *reniegan*⁹ de ese mismo conocimiento, manejándose en el diálogo terapéutico como pacientes muy disociados.

Por otra parte, la Asociación Psicológica Americana (APA, 1987) —bajo petición de la Corte Suprema de los Estados Unidos—, concluyó que no existía todavía suficiente evidencia científica del empleo sistemático de «programas de reforma del pensamiento»¹⁰ dentro de «nuevos movimientos religiosos» (designación *soft* de ciertas sectas, por parte de determinados académicos al servicio o no de las mismas).

Desafortunadamente, gran parte de los trabajos realizados hasta el momento se han centrado o bien en descripciones de grupos diversos o bien en los procedimientos de manipulación psicológica; sin embargo, continúa desviándose la espinosa cuestión del vínculo entre el líder y el adepto/grupo.

En líneas generales, nuestra postura es que desde una óptica de grupo e independientemente de la ideología vociferada, tras un período variable de tiempo, un grupo puede devenir secta como resultado de un proceso en gran parte inconsciente donde determinados miembros han contribuido también a la sectarización del grupo. En este punto, los analistas de grupo podrían añadir mucho sobre los movimientos inconscientes que se dan en un grupo y la angustia que puede aparecer en estadios iniciales de un tratamiento grupal de que el grupo quede encapsulado como una secta. Aunque decir que una secta es un espacio dominado por un líder particular necesitado de sumisos seguidores, donde también encontramos *cómplices*, pudiera chocar a alguno de ustedes familiarizados con la literatura especializada en el tema, donde generalmente pareciera que una secta fuera creación exclusiva de un único sujeto.¹¹

Quien haya tenido oportunidad de estudiar micro-grupos en formación, habrá podido observar cómo en numerosas ocasiones, la secta se forma a partir de una pareja que *colusiona* en una especie de

folie à deux que irradia hacia otros seguidores y que se retroalimenta;¹² de ahí que algunos autores hablen de estos grupos como *grupos de contagio paranoide* (Cubero, 2005). Por otra parte, que una secta es una construcción realizada entre diferentes personas es algo que encontramos también en las historias clínicas de ex adeptos en tratamiento, no sólo cuando pueden llegar a señalar al otro como inductor, sino también cuando podemos alcanzar a trabajar con ellos los aspectos de responsabilidad personal y su participación en el grupo.

No es la propuesta más o menos arbitraria a nivel doctrinal de las sectas lo que preocupa, sino el vínculo patológico que puede llegar a establecerse entre el sujeto y un grupo determinado, *el contrato adictivo* que se instaura entre los participantes, el interjuego entre el amo y el esclavo, pero también la seducción y la intrusión violenta en el mundo interno del adepto y el desarrollo de una *confianza ciega* por parte de éste último de que aquello prometido desde el grupo puede llegar a alcanzarse.

En términos diagnósticos, en este caso sucede algo similar a lo que en las psicosis, donde la gravedad del cuadro psicopatológico no dependerá sólo del contenido del delirio sino sobre todo del grado de convicción del paciente acerca de la verdad del delirio. Y tomando como referencia el campo de la adicción, no será la sustancia concreta la que determinará la gravedad de la adicción, sino la relación particular que el sujeto establece con dicha sustancia. Por ello, y de cara a un adecuado diagnóstico diferencial con otras situaciones (problemas derivados de trastornos de personalidad, de crisis vitales o enfermedades médicas, por citar tan sólo algunas) es importante que el terapeuta conozca a fondo el grupo en cuestión aparte de un correcto manejo del diagnóstico clínico en general.¹³

La espiral

En términos de grupo, hay quien considera que las sectas son grupos que van en busca de un ideal. Pero déjenme decirles que lo que nos encontramos en la práctica son más bien grupos elitistas, con una ideología dogmática —en ocasiones francamente fanática— y excluyente; asimismo, son grupos que avanzan mediante la seducción, la ocultación, la infiltración, un discurso paranoide y unas prácticas perversas que pretenden instrumentalizar al adepto. Los grupos que persiguen un ideal, pese a sus elementos infantiles, se mueven en lo libidinal, mientras que en los grupos sectarios encontramos la

prevalencia de lo destructivo y los efectos de la pulsión de muerte.

La clínica del sectarismo evidencia, de forma análoga a otras situaciones relacionadas con traumatismos, la intensidad del vínculo transferencial y diversas formas de violencia que se ejercen sobre el adepto. Una vez se ha seducido al futuro adepto, la violencia que pueden ejercer las sectas puede llegar a ser física, pero la más habitual es una forma de violencia sutil e insidiosa, una presión emocional sobre la base del poder que se ejerce sobre el adepto para transformarlo en un objeto, en un *objeto mudo*. Una vez seducido, se narcotiza al superyó bajo los más diversos argumentos; simultáneamente, se ataca al equilibrio narcisista del sujeto y se ponen en marcha prácticas encaminadas a dismantelar el yo y a desbaratar el aparato mental. Lo que luego nos encontramos, son pacientes con una hemorragia narcisista importante.

Si bien las sectas funcionan como grupos dogmáticos, no todas ellas alcanzan las cotas del fanatismo. El problema gira entonces en torno al punto de corte entre las convicciones dogmáticas y las fanáticas, entre aquellas que aun sosteniendo ciertos dogmas están al servicio de la pulsión de vida o por el contrario lo están al de tendencias mortíferas. Y aunque algunos grupos, como muestra la historia, han llevado a la muerte física de sus miembros debido a un grave deslizamiento fanático, generalmente lo que encontramos son diversas formas de *muerte psíquica* dentro del grupo.

La seducción es el primer movimiento que se observa en la instauración de la relación sectaria.¹⁴ La seducción sectaria puede deslizarse al sujeto progresivamente hacia una espiral que conduce a una lógica basada en la renegación, la exigencia de una adhesión incondicional, el aislamiento, la negación de las diferencias, el repliegue sobre sí mismo, la anulación de toda crítica y la alteración de los procesos secundarios.

Un elemento que destaca entre los grupos sectarios y sus adeptos es el rechazo de la castración: se niega la finitud, se potencian los sentimientos oceánicos, se dismantela y reinterpreta la propia historia personal, se pone en marcha la regresión a estados sexuales pregenitales y se niega la parentalidad, descalificando parcial o totalmente el discurso social.

Los trabajos del grupo belga (Maes, 2000; Diet, 2004) establecen algunos paralelismos entre la *lógica incestual*¹⁵ y la lógica sectaria: la descalificación de las emociones y percepciones, la falsificación y el engaño, la reversión de la causalidad, el adormecimiento psíquico, la

inducción de la confusión en la mente del sujeto y la inducción de confusión a nivel de la diferenciación sexual.

Los procedimientos perversos del grupo se dirigen a devaluar las introyecciones benéficas y atacar *imágenes familiares*, desvalorizando y proponiendo una prótesis. La existencia previa de enredos o malos entendidos familiares, fallas en la comunicación o disfunciones varias, podrán verse instrumentalizadas por el grupo. De hecho, las figuras de liderazgo dentro del grupo podrán ser presentadas como padres o madres perfectos, incluso como la pareja ideal, aunque siempre en un registro arcaico donde predomina la confusión sexual y la indiferenciación del lugar de cada uno.

La seducción sectaria es una forma de seducción narcisista en tanto que despliega un proceso tendente a envolver y enredar cada vez más al sujeto en la espiral del grupo, prometiéndole un ideal a través de una adhesión pasional que se supone que operará una suerte de transformación personal y trascendente a través de rupturas en las relaciones.

El nudo

Hablo de vínculo sectario —siguiendo la propuesta del recientemente fallecido analista canadiense Roy (1998)— para subrayar el entrecruzamiento entre el discurso del grupo y el sujeto que se produce en un registro inconsciente. La noción de vínculo sectario, lejos de significar una opción consciente, lo que subraya es la intervención de lo inconsciente en la ligazón que se establece con estos grupos. Nos parece que negar los efectos de lo inconsciente en el adepto puede llevarnos a taponar su condición de sujeto, que es justamente una de las cosas que hacen las sectas.

El vínculo sectario propone una modalidad de relación que puede devenir *nudo*, auténtica atadura¹⁶ que sujeta e inmoviliza. En relación a cómo se entiende la atadura existente entre el adepto y una secta, ya hemos visto que pueden darse diversas explicaciones. Hay quien piensa que el vínculo sectario resulta de una decisión consciente, voluntaria y tomada con plena libertad; para quien lo piensa así, el sectarismo se reduce a un problema de creencias y, por lo tanto, no supone problema clínico alguno. Y hay quien piensa que el adepto es un sujeto pasivo que dentro del grupo es sometido a procesos hipnóticos, siendo para estos autores la solución la prevención y la represión de los grupos.

A nivel clínico, la postura que mantenemos es otra: entendemos que el futuro adepto es un sujeto activo que participa de un proceso de transformación del cual no controla sus efectos; desde este punto de vista, entendemos que el sectarismo es una cuestión de riesgo antes que un problema de creencias o delictivo.

El modelo que empleaba la antigua desprogramación,¹⁷ y en cierta forma, aún los modelos no coactivos basados en una aproximación ética y respetuosa con los adeptos,¹⁸ sostienen que el sectarismo es un problema racional. La metáfora informática de la desprogramación apunta claramente a una visión de un sujeto que ha sido *formateado* bajo unos parámetros externos.¹⁹ Sin embargo, las intervenciones actuales no suponen a un sujeto como máquina. La intervención realizada se fundamenta entonces en aproximaciones éticas para ofrecer información, aumentar el análisis crítico y fomentar la autonomía del adepto. Pero sobre todo se plantea como un primer encuentro intensivo (en ocasiones de un día o dos enteros seguidos) para entrar en una relación emocional con el adepto, tolerando en ocasiones cierto grado de compromiso intermedio hasta que llega a abandonar el grupo.

Desde un vértice psicoanalítico, vemos más bien el sectarismo ya no como un problema racional, sino como un problema básicamente relacional y no entenderemos el éxito terapéutico como el simple abandono del grupo. La experiencia clínica muestra en este sentido los efectos de la *compulsión de repetición*; pacientes, por ejemplo, que tras abandonar un grupo considerado secta entran en relaciones abusivas o ampliamente confusas, no son una excepción. O pacientes que al abandonar sienten un vacío interno profundo, sentimiento que les recuerda a otros experimentados anteriormente o al mismo que sintieron cuando conocieron al grupo. La solución al vínculo sectario no es el simple abandono del grupo, al igual que la solución de una drogadicción tampoco es el abandono de la sustancia. El riesgo posterior es el nuevo establecimiento de una relación dogmática con otro líder, un terapeuta u otra persona significativa emocionalmente.

Situarnos en un punto de mira que atienda a la relación que se establece entre el adepto y el líder, nos posiciona en una mirada más interactiva y que define el problema en términos de una doble adicción: la del líder hacia los adeptos y la de los adeptos hacia el líder. Una co-dependencia patológica que se establece entre un líder que se cree el escogido y un adepto que se siente escogido por el líder y el grupo.²⁰

Fragilidades

Como nos muestra Roy (1998), nuestro pensamiento se guía más por la simplificación y por la preferencia por «lo ya conocido» antes que «por aquello todavía no pensado». Como indicaba este mismo autor, en la práctica, no buscamos tanto la verdad como la comodidad de una convicción. El abandono a la convicción, es decir, a una confianza básica, es algo consustancial a nuestro desarrollo emocional. De hecho, desde bebés depositamos esa confianza en nuestros objetos parentales y sin esa confianza básica en el otro no sería posible un equilibrado desarrollo emocional. A lo largo de nuestro desarrollo, introyectamos determinados objetos con los que establecemos una relación de confianza interna, y éstos proveen de la seguridad necesaria y de las convicciones correspondientes.

Pero hay determinadas circunstancias en las que nuestras convicciones, construidas desde nuestra infancia, se ponen en entredicho. En determinados aprendizajes escolares, profesionales, universitarios e incluso en el aprendizaje terapéutico, nuestras convicciones más íntimas pueden tambalear. Posteriormente, en momentos de crisis (duelos, crisis de identidad, separaciones u otras), así como en situaciones de enamoramiento e incluso de creación artística, nuestras convicciones también se ponen en entredicho. En esas situaciones, debemos reconocer que no buscamos tanto la verdad como la comodidad de algo ya conocido que tranquilice y ofrezca soluciones rápidamente.

Las sectas conocen esas brechas e intentan aprovecharlas para una mayor atracción de miembros. Su programa, que se dirige más a la identidad personal y a aspectos nucleares del *self* (Ofhse & Singer, 1987), promete transformar las dudas en convicciones. La convicción que construye una secta lo hace sobre la base de la seducción narcisista, el aislamiento relacional y procesos encaminados a una dinámica relacional simplificadora en extremo: o la sumisión o la exclusión del grupo. *No es la doctrina sostenida el elemento central en el vínculo sectario, sino el encuentro entre un sujeto en crisis de convicciones y un grupo que promete convicciones sedantes o bien muy excitantes.*

Aunque no exista un perfil único de persona²¹ que se ve envuelta en una secta, deseo remarcar algunos factores de vulnerabilidad interesantes desde un punto de vista psicoanalítico. Así, por ejemplo, algunos especialistas con formación analítica han podido observar una mayor prevalencia de las organizaciones *borderline*, con especial predominio

de patologías narcisistas, así como ciertos patrones familiares complejos y simbióticos como factores relevantes en cuanto a una mayor vulnerabilidad personal (Markowitz, 1983).

Otros autores señalan algunos aspectos que merecen ser mencionados (Diet, 2001, 2004)) como factores de vulnerabilidad para una mayor sujeción sectaria y/o dificultades posteriores para la salida del grupo: las privaciones precoces ligadas a traumatismos, el no acceso al registro simbólico genital edípico, la calidad inestable de las introyecciones primarias, la presencia de patología familiar o el predominio de una dinámica incestual a nivel familiar.

Roy (1998) nos propone considerar tres subgrupos de adeptos, que en ningún momento son compartimentos estanco y pueden verse combinados en diversas proporciones:

- Un primer grupo constituido por jóvenes que rondarían los veinte años, de clase media o media-superior, con estudios universitarios, mayor representación femenina y de procedencia primordialmente urbana. Los tests no revelan psicopatología, se aprecia una buena dotación intelectual, tendencias de minuciosidad, obsesividad y dedicación al otro, así como idealismo, mala tolerancia de la competitividad y ciertos rasgos dependientes entre aquellos que terminan entrando en comunidades cerradas.
- Un segundo grupo que rondaría los cuarenta años, que se han dedicado a flirtear con diferentes grupos en una especie de «*zapping de convicciones*», bajo una forma itinerante; este tipo de pacientes no sufren de una dependencia sectaria patológica, sino que simplemente van en búsqueda de algo sin acabar de alcanzarlo nunca.
- Otro grupo más ambiguo rondaría los treinta años y pueden tener antecedentes de otras dependencias (afectivas o tóxicas). En este subgrupo, el vínculo sectario parece constituirse como una búsqueda de mayor salud. No es infrecuente observar que muchos cesan el consumo cuando entran en un grupo sectario.

Por su parte, Diet (2004) establece algunas relaciones entre el grado de desarrollo edípico y las repercusiones que puede tener sobre el adepto la atadura sectaria que nos parecen interesantes señalar. Así, diferencia dos tipos básicos de adeptos: por un lado, aquellos que provendrían de familias donde aún predominando un ambiente incestual el sujeto pudo acceder al Edipo; por otra parte, aquellos otros

que provendrían de ambientes incestuales pero que no pudieron resolver satisfactoriamente la situación edípica. De acuerdo a este autor, las repercusiones del grupo variarían en función de esa estructuración psíquica, de forma que en el segundo caso la experiencia con el grupo se convertiría en repetición de situaciones vividas en la familia. Entre los dos extremos, encontraríamos adeptos en búsqueda de algo inalcanzable dentro de la historia familiar. Estos tres tipos podrían verse combinados en la clínica en grados diversos. En los casos en que existió una experiencia familiar fuertemente marcada por la incestualidad, la experiencia en el grupo podría transformarse en una experiencia re-traumatizante de la cual puede llegar a resultar difícil salir.

El enganche

Clínicamente, el modelo adictivo nos ofrece interesantes perspectivas para entender el sectarismo desde otro ángulo. El campo de la adicción sobrepasa la dependencia a tóxicos (dependencia a sustancias exógenas, sean drogas ilegales o medicamentos). Un segundo gran bloque de dependencias son aquellas referidas a sustancias endógenas, es decir, secretadas por el propio organismo (aquí encontraríamos la dependencia al ejercicio físico, debido a la secretación de endorfinas, que probablemente se secreten en otras adicciones como las sexuales). Finalmente, encontramos las dependencias psicosociales, ya sean afectivas, financieras o sexuales; en este último grupo encontraríamos la dependencia sectaria y otras formas de dependencia afectiva.

Y, más allá de las similitudes fonéticas (droga/dogma, adicto/adepto), existen algunos fenómenos en ambos casos que establecen puntos en común: 1) el fenómeno de la dependencia cruzada y la intercambiabilidad entre algunas adicciones; 2) la importancia de la dimensión de búsqueda de sensaciones; 3) el entrecruzamiento entre sectarismo y toxicomanía; 4) los estados de malestar debidos a la abstinencia de la droga o el dogma; 5) la equivalencia en cuanto a los efectos a nivel biológico; 6) el aspecto dogmático de algunas comunidades de ayuda a toxicómanos; 7) la despersonalización y la disociación que resultan de las drogas/dogmas; 8) la convicción de control omnipotente del objeto dogmático/tóxico; y 9) el estrecho vínculo entre dependencia afectiva y dependencia dogmática.

La metáfora de la adicción nos ayuda a acercarnos a otros aspectos del proceso que también son importantes:

- La necesidad de incrementar la dosis, ya sea de droga o de dogma; generalmente, observamos un uso frecuente y en aumento de la dosis de convicción necesitada para sostener el vínculo.
- La canalización del vínculo con la droga o con el dogma, donde se naturaliza o banaliza su empleo y se racionaliza su uso de formas varias.
- La droga o la convicción se transforma progresivamente en algo central en la vida del sujeto, adquiere un lugar preponderante y termina condicionando toda la vida del sujeto.
- El riesgo de perder el sentido crítico, los logros adquiridos del desarrollo, el trabajo, la familia o la economía.

Ahora bien, en la dependencia patológica a un grupo sectario se da un punto de encuentro en el que el sujeto invierte el discurso del otro sin reserva, en una confianza ciega a un discurso único. Y el grupo no se detiene en la desvalorización de los objetos buenos introyectados, sino que exige de sus miembros la entrada en un sistema donde encontramos un pacto tácito de renegación, estableciéndose vínculos identificatorios entre sus miembros bajo la forma de ataduras.

El vínculo paradójico entre sus miembros, que parte de esta renegación primaria y fundante —por la que se segmenta la parte de la violencia, la locura y la perversidad del líder— conduce inevitablemente a una regresión individual y grupal a todos los niveles, a una dependencia primitiva a un objeto presuntamente omnipotente. Como los procedimientos de descalificación del mundo interno han sido exitosos, el adepto queda en una situación mental catastrófica, impelido de este modo a buscar fuera el objeto que le provea de aquello que siente que carece. Y, en lo real, el líder se presenta como poseedor de esas características anheladas.

A nivel más preciso, la alienación sectaria se constituye en un doble movimiento: en un primer momento, al adepto se le descalifica en su condición de sujeto, se atacan todos sus vínculos y eso es reinterpretado como una experiencia de liberación y de denuncia de los secretos familiares. Sin embargo, en un segundo momento, el grupo solicitará exactamente lo mismo que criticaba: mantener el secreto, encriptar ciertas experiencias y renegar de otras experiencias o percepciones.

Es cierto que la experiencia sectaria genera rupturas en diversos espacios: en lo familiar, lo relacional... pero no menos importante es la ruptura interna, el progresivo dismantelamiento del aparato psíquico. El yo queda diluido en el discurso del grupo, para pasar el adepto a regirse por el dictado

del líder, por el ideal vehiculizado por el grupo y sus instancias superyoicas.

En la fantasía —pero también en lo real—, el grupo se presenta como aquello anhelado desde la infancia, una perfecta armonía y comprensión, sin conflicto alguno, aunque el precio que se pague por la dependencia al grupo sea finalmente un intenso dolor mental.

La ética

Para ir terminando, cómo transmitirles que los pacientes en sectas nos enfrentan a situaciones de duda e incertidumbre, en un punto de cuestionamiento personal de los propios compromisos con instituciones sociales y formativas, obligándonos a un proceso de análisis continuo. En realidad, los problemas relacionados con sectas nos enfrentan con la cuestión de la ética y la verdad de una forma continua.

La seducción narcisista de las sectas envuelve y encapsula al sujeto y nos lleva a intervenir sobre diferentes registros relacionales, no tan sólo sobre el individual, sino también sobre el familiar, laboral u otros, así como sobre los efectos del traumatismo que pudo haber instaurado la influencia sectaria. La seducción que despliega el grupo, se dirige a capturar el deseo del sujeto y a hacerle creer que convicción y verdad son idénticas.

La experiencia sectaria se da en el entrecruzamiento de una persona, su historia, un grupo, su líder y una ideología que sostiene toda la actividad. Las sectas inciden sobre la propia historia personal o familiar, introduciéndose a través de las brechas narcisistas presentes en todo sujeto o a través de fisuras que logra abrir el grupo mediante las rupturas y transgresiones a las que conduce.

El éxito de nuestra intervención no radica en el abandono del grupo, aunque éste sea el primer paso para darse cuenta del vínculo sectario. Pero tanto los ex adeptos como sus familias, comparten a menudo la dificultad de solicitar ayuda psicoterapéutica.

Las asociaciones de ayuda representan un espacio de transición, ayuda y desdramatización de la experiencia. Sin embargo, muchas de esas asociaciones no pueden ir más allá de la crítica al grupo, ya que carecen de los medios profesionales necesarios para poder pensar el problema desde otro ángulo. Muchas de estas asociaciones siguen funcionando sobre la base de familiares y personas afectadas, que aun siendo útiles para ciertos aspectos, pueden llegar a colusionar a menudo con

los problemas que abordan y terminar actuándolos. El psicoanálisis puede ofrecer aquí el marco de comprensión necesario para entender el vínculo sectario más allá de la frecuentación de un grupo.

La práctica psicoanalítica subraya la importancia de entender el compromiso sectario como la resultante no sólo de procesos de influencia no éticos, sino como el resultado de la interacción entre los procedimientos perversos de sujeción y la historia propia del sujeto, que ha sido silenciada y distorsionada en el seno del grupo. La ayuda terapéutica que ofrecemos pasa no sólo por comprender los mecanismos que se pusieron en marcha, sino por resituar al ex adepto en su condición de sujeto.

El tiempo de la intervención, que se ajustará a cada paciente y a cada familia en particular, intentará devolver al sujeto su deseo y la capacidad de confianza en el otro. En definitiva, pretende desplegar los recursos necesarios para reencontrar la propia subjetividad y un lugar desde el cual poder confiar nuevamente en el otro.

Muchas gracias por su atención.



Miguel Perlado²²

Aragón 290, 3º A
08009 Barcelona
mperlado@copc.es

Notas

1. Trabajo presentado en el congreso anual de la *Internacional Cultic Studies Association* (ICSA). Madrid, 14-17 julio 2005. El presente artículo es una versión modificada de la presentación original, donde se han decidido omitir las intervenciones de los participantes.

2. La *Internacional Cultic Studies Association* (ICSA) es una red interdisciplinaria de académicos, profesionales, ex miembros y familiares, que se dedican a estudiar y a educar al público sobre la influencia y el control social y psicológico, así como sobre el autoritarismo y el fanatismo en grupos sectarios, movimientos alternativos y otros entornos de grupo abusivos.

3. El reciente estudio sociológico publicado por el servicio de estudios de Atención e Investigación en Socioadicciones (AIS), entidad pionera en nuestro país, redefine la experiencia sectaria como: «[...] el resultado de la utilización, por parte de los miembros de una organización social, de prácticas de sujeción basadas, sobre todo, en la satisfacción no consciente de necesidades afectivas —tanto de los seguidores, como de los líderes—, que producen vínculos múltiples de dependencia recíproca entre los miembros y una adhesión exclusiva o preeminente de éstos en relación al grupo [...]».

4. Véase, Perlado (2002).

5. Como sucedió, por ejemplo, cuando un grupo bien conocido, tras numerosos pleitos, llevó a la bancarrota a la *Cult Awareness*

Network (CAN), una de las primeras redes de ayuda para familiares, miembros y ex miembros. Además de llevar a esta organización a la bancarrota, logró quedarse con todos sus archivos y ahora son adeptos del grupo los que se presentan como «especialistas» que informan sobre el fenómeno de las sectas.

6. Hablamos de «adeptos» y «ex adeptos», para referirnos a miembros en activo y ex miembros de grupos considerados sectas; nótese la similitud con «adicto» y «ex adicto» sobre la que más tarde volveremos.

7. No obstante, la indicación terapéutica de elección para un ex adepto no es un análisis clásico, sino una aproximación terapéutica que no implique tanta abstinencia, un papel más activo del terapeuta, un cuidado en el manejo de la interpretación, la atención al trauma psíquico infligido por la experiencia de grupo y el trabajo con la culpa resultante. Conviene remarcar, asimismo, la importancia de un asesoramiento inicial previo a un tratamiento psicológico.

8. Véase, por ejemplo, el trabajo que publicó el profesor Álvaro Rodríguez en 1992 bajo el título *El lavado de cerebro. Psicología de la persuasión coercitiva* (Barcelona: Marcombo).

9. Empleamos la noción de «renegación» en su sentido psicoanalítico, como estilo de defensa por el que se rechaza reconocer la realidad de una percepción traumatizante y que se acompaña de una importante escisión del yo.

10. De acuerdo a los trabajos de Singer & Ofhse (1990), un programa de reforma de pensamiento «[...] es una tecnología de cambio conductual que se aplica para favorecer el aprendizaje y la adopción de una ideología o un conjunto de conductas bajo unas condiciones determinadas. Se distingue de otras formas de aprendizaje social por las condiciones en las que se desarrolla y los procedimientos de manipulación ambiental e interpersonal empleados para suprimir ciertos comportamientos e implementar otros. Deben presentarse seis condiciones simultáneamente: obtención de un control sustancial sobre el tiempo y el pensamiento [...] creación de un sentimiento de indefensión de forma sistemática [...] manipulación de un sistema de recompensas, castigos y experiencias para promover el aprendizaje de una ideología [...] manipulación del mismo sistema de recompensas, castigos y experiencias para inhibir comportamientos previos [...] mantenimiento de un sistema cerrado de lógica y una estructura autoritaria [...] y mantenimiento de un estado de desinformación continuo [...]».

11. Deseo aclarar que ello no es óbice para negar la posibilidad de manipular el *comportamiento* de un sujeto. Es de observación común que tal cosa puede ser posible. A mi entender, es más interesante observar cómo puede llegarse a dislocar el mundo interno de un sujeto y, por ende, convertirle en esclavo.

12. Espero poderles presentar el año que viene un trabajo en el que tuvimos la oportunidad de acercarnos —clínicamente hablando— tanto a la formación como al declive de un grupo de estas características.

13. Fruto de la experiencia clínica, se han llegado a delimitar ciertos patrones sintomáticos que se han utilizado como aproximaciones diagnósticas. Véase al respecto Cubero (2005) o Perlado (2004).

14. El problema de la seducción es muy amplio, y como apunta Lipovetsky (1983), «[...] lejos de circunscribirse a las

relaciones interpersonales, la seducción se ha convertido en el proceso general que tiende a regular el consumo, las organizaciones, la información, la educación, las costumbres. La vida de las sociedades contemporáneas está dirigida desde ahora por una nueva estrategia que desbanca la primacía de las relaciones de producción en beneficio de una apoteosis de seducción [...]».

15. «[...] lo incestual es un clima: un clima donde sopla el viento del incesto, sin que llegue a ser propiamente incesto [...] instala la sospecha, el silencio y el secreto [...] es un registro [...] que termina sustituyendo al registro fantasmático y puede conducir al paso al acto [...]» (Racamier, 1995).

16. Nos parece muy ilustrativa la definición que ofrece el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: «[...] lazo que se estrecha y cierra de modo que con dificultad se pueda soltar por sí solo, y que cuanto más se tira de cualquiera de los dos cabos, más se aprieta [...]».

17. La «desprogramación» fue la primera estrategia de rescate de adeptos de sectas que se puso en marcha de manos de familiares y ex miembros. Se suponía que si el sujeto había sido programado, era posible entonces reprogramarlo. La desprogramación implicaba un proceso involuntario mediante el cual se obligaba a la persona a escuchar la información crítica del grupo durante espacio de días hasta que abandonaba el grupo.

18. Nos referimos a los actuales modelos basados en la *exit counseling*, que buscan acercarse al adepto para entrar en un proceso voluntario de reevaluación de su vínculo.

19. Podríamos añadir que incluso esa misma metáfora llevaba dentro de sí algo que los desprogramadores no pudieron ver, esto es, que desde el punto de vista informático hasta los ordenadores *se cuelgan*, por lo que hay que reajustarlos progresivamente o atender de nuevo al mismo problema en diversas ocasiones. La compulsión de repetición no es algo que pueda acallarse rápidamente. La desprogramación sólo perseguía un cambio comportamental, sin atender al mundo interno del ex adepto o los efectos de lo inconsciente.

20. El trabajo de J.C. Maes (2000), nos muestra formas de *co-dependencia o complicidad* adicionales en el terreno del sectarismo: la co-dependencia de alguna de las personas de la familia que puede llegar a silenciar o potenciar el problema, la de algunos ex adeptos que quedan atrapados en una lucha en contra del grupo, la de algunos profesionales que pueden terminar al servicio de sectas o incluso el co-sectarismo que pueden desarrollar algunos centros de información sobre sectas con funcionamientos excesivamente endogámicos y no profesionalizados.

21. La investigación realizada hasta el momento tan sólo permite afirmar que los grupos descritos como sectas no se centran exclusivamente en lo religioso, así como que no todos los grupos inciden del mismo modo sobre las personas (de hecho, aunque tienen cotas elevadas de éxito en la seducción, también los abandonos son frecuentes); ahora bien, la investigación realizada sí permite afirmar que determinados grupos tienden a afectar a sus adeptos de formas específicas. Hasta el momento, no se ha aislado un perfil único de persona que pudiera estar predispuesta a entrar en una secta.

22. Los comentarios serán bienvenidos.

Bibliografía

- AMERICAN PSYCHOLOGICAL ASSOCIATION, BOARD OF SOCIAL AND ETHICAL RESPONSIBILITY FOR PSYCHOLOGY (1987). *Memo to the DIMPAC Committee*. Washington, D.C.: American Psychological Association.
- CUBERO, P. (2005). *El grupo paranoide*. Barcelona: Ediciones Experiencia.
- DIET, E. (2001). «Introduction à la psychanalyse de l'aliénation sectaire». *Connexions*, vol. 73, pp. 119-130.
- DIET, E. (2004). *Perversion, traumatisme, emprise groupale et incestualité. Perspectives psychanalytiques sur l'aliénation sectaire*. France: Séminaire MIVILUDES 2004.
- LIPOVETSKY, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- MAES, J.C. (2000). «Dépendance et co-dépendance à une secte». *Thérapie Familiale*, n° 21, pp. 111-127.
- MARKOWITZ, A. (1983). «The role of family therapy in treatment of symptoms associated with cult affiliation». In Halperin (ed.), *Psychodynamic perspectives on religion, sect and cult*. New York: John Wright, pp. 323-332.
- MONROY, (2000). «Mécanismes psychologiques et systémiques de l'emprise». In *Collectif, Les gourous de sectes*. Belgium: AVCS & SOS.
- MOSCOVICI, S. (1994). «Influences conscientes et influences inconscientes», *Psychologie sociale des relations à autrui*. Paris: Nathan.
- OFSHE, R. & SINGER, M.T. (1986). «Attacks on peripheral versus central elements of self and the impact of thought reforming techniques». *Cultic Studies Journal*, vol. 3, n°1, pp. 3-24.
- PERLADO, M. (2002). «A propòsit d'un tipus especial de perversió narcisista». *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, vol. 5, pp. 73-87.
- PERLADO, M. (2004). «Second Thoughts on Cultic Involvement and Addictive Relationships». *Cultic Studies Review*, 3(3), pp. 15-32.
- RACAMIER, P.C. (1995). *L'inceste et l'incestuel*. Paris: Editions du Collège.
- ROY, JEAN-Y. (1998). *Le Syndrome du berger. Essai sur les dogmatismes contemporains*. Canada: Les Éditions du Boréal.
- SINGER, M.T., GOLDSTEIN, H., LANGONE, M.D., MILLER, M.K., TEMERLIN, J.S., & WEST, L.J. (1986). *Report of the APA Task Force on Deceptive and Indirect Techniques of Persuasion and Control*. American Psychological Association.
- SINGER, M.T. & OFSHE, R. (1990). «Thought Reform Programs and the Production of Psychiatric Casualties». *Psychiatric Annals*, vol. 20, n° 4, pp. 199-193.